

rimenta paraliza toda fuerza de resistencia. La confianza en la Providencia Divina y la intervención de poderes benéficos en nuestro destino esparcen sólo una débil claridad como llama próxima á extinguirse; sólo faltaba el error dogmático de la Reforma, y se consumó la desgracia. No siendo ella misma más que un bloque muerto é incapaz de todo bien, no sabiendo más que pecar, enseña que, por su naturaleza, el hombre es incapaz de defenderse del mal. En un conjunto, donde la grosería y la pasión amarga se agitan como desencadenado torbellino, la vista turbada cree no descubrir ya ni una sola chispa de bien; por el contrario, el mal debe tomar una forma palpable y visible, y hasta carne y sangre.

Tal es la disposición de espíritu de Lutero. El diablo es el protagonista de sus escritos como de sus pensamientos. Si al pasar por la llanura nevada le lleva el sombrero una glacial ráfaga del Norte, hay que atribuir el hecho á los judíos ó á las intrigas del diablo. Todo malestar de estómago después de una comida algo copiosa, procede del veneno que en ella puso el diablo. La mancha de tinta hace recordar que el monstruo no le dejó en paz siquiera en su bella residencia. La historia del mundo, y antes que todo el papado naturalmente, los espíritus exaltados y los de partido, los abogados y los turcos, la Misa y los monjes, la razón, con los asnos de París y de Lovaina, todo procede del diablo, exactamente lo mismo que en Mahoma, y pertenece enteramente al diablo.

Los que adoptaron su manera de concebir la vida, deben naturalmente ver las cosas como él; se penetraron con verdadera convicción de fe del principio de Lutero, en virtud del cual, un cristiano debe saber que se encuentra entre diablos, y que el diablo está más cerca de él que su propio vestido ó su camisa. ⁽¹⁾ Durante mucho tiempo, en la historia y en los cantos de la Iglesia, en los sermones y en la sátira, todo gira al rededor del diablo: la dogmática ortodoxa luterana insiste especialmente en que

(1) Wander, *Sprichwörter-Lexikon*, IV, 1067, n.º 197.

hay que guardarse mucho de lanzarle de sus posesiones. El luterano Abraham de Santa Clara, Juan Baltasar Schuppio, que se llamaba á sí mismo el pájaro burlón de Lutero, envía, en una de sus sátiras, todo un buque lleno de diablos á Dordrecht. Los reformados querían celebrar allí un sínodo, pero al fin, esas diabluras se les hicieron intolerables. Quieren decidir que el pecado y cuanto sucede en el mundo no debe en lo sucesivo ser atribuído más que al diablo; pero que todos los males, como parece muy natural á honrados calvinistas, deben ser atribuídos á Dios. El pastor hamburgués no pudo tolerar eso, y les envió inmediatamente un cargamento de diablos. Protestaron contra la decisión, y declararon que no tolerarían jamás que se les ofendiese en su honor, y se perjudicasen los derechos que desde hacía tanto tiempo ejercitaban.

Por lo que se acaba de decir, puede fácilmente explicarse cómo en aquella época apareció tan gran número de escritos acerca del diablo, y por qué encontraron estos tanto eco, por qué se hicieron tantos plagios y tantas ediciones. ⁽¹⁾ Para conservar esas obras á la posteridad, se hizo una gran colección que se imprimió muchas veces, siendo aumentada en cada edición, prueba del favor de que en el público gozaban. El título de esa obra colectiva que acabamos de citar, nos indica todavía hoy claramente la utilidad y sensatez de aquel mosaico; no se podría haber puesto á ese gran libro, el más característico de aquella época, un título capaz de expresar mejor la tendencia de los espíritus de entonces; se llama *Theatrum Diabolorum*.

Verdaderamente el mundo y toda su historia es, desde aquel punto de vista, un *teatro de diablos*; sólo el diablo lo tiene todo sobre su conciencia. Los malos le toman como pretexto; los buenos gimen á causa de él; hasta los librepensadores creen en él todavía. Los creyentes no juran

(1) Osborn, *Dei Teuffelliteratur des XVII Jarhund.*, (1893). Ebert, *Bibliograph. Lexikon*, II 930 y sig. Goedeke, *Grundriss zur Gesch. der deutschen Dichtung*, (1) I, 380 y sig. Janssen, *Gesch. des deutschen Volkes*, VI, 469 y sig.

por nadie más elevado que él; á la humanidad afligida con tantos males se procura inspirar una viva cólera contra el diablo mendigo, el diablo usurero, el diablo holgazán. El codicioso aprende en un sermón de Brandmüller, que el diablo de la avaricia le inspiró esa pasión; la misma consoladora verdad proclama Porto á los embusteros y á los blasfemos en el *diablo mentiroso y blasfemo*; la afirma Florián Daul á la juventud frívola en el *diablo del baile*, y Alberto de Blankenberg á los magnates en su *diablo de los aguiluchos y de los avaros*. Los esposos desunidos nada tienen que reprocharse desde que el *diablo del matrimonio* tomó á su cargo la responsabilidad. Por otra parte, acabaron los remordimientos de conciencia, puesto que Decimator encontró que solamente el *diablo de la conciencia* es quien aflige al hombre. Ya en tiempo de Tácito luchaban los germanos contra la sed, saliendo vencidos siempre; daba mucho que reflexionar semejante hecho para saber cuál era la fuerza superior que los dominaba, y desde hacía mucho tiempo se había advertido que había en el asunto algo que no era natural; pero en los sombríos tiempos de la Edad Media no se había conseguido profundizar esto, hasta que Friederich descubrió de repente la verdadera causa en el *diablo de la borrachera*. En efecto, si el diablo estaba oculto en la cerveza, el hidromiel ó el vino, toda fuerza y todo valor eran inútiles á los héroes alemanes. Se comprende bien la importancia de este descubrimiento; así que, entre todos los escritos del mismo género, ninguno alcanzó tantas ediciones como el que acabamos de citar y apareció en Francfort del Oder en 1557. En 1679 se publicó en Nuremberg una imitación de Hartmann. Pero es necesario ser imparciales; ¿por qué los borrachos, los esposos mal avenidos, los blasfemos, las jóvenes locas por bailar, gozarían del privilegio de que el diablo tomara á su cargo la responsabilidad? Si la aceptaba en esos casos, debería ser bastante complaciente para aceptarla también en otros pecados de los hombres; por eso muy pronto no hubo vicios que no se atribuyesen á un

diablo especial. Basta ver en qué diablos se creía en una época para saber cuáles eran los pecados reinantes. Se vió aparecer sucesivamente el diablo de la maldición, el diablo del orgullo, el diablo de pantalones anchos, el diablo de los vestidos flojos, el diablo de las gorgueras, el diablo de la melancolía, el de los celos, de la envidia, de la desunión, de los cuidados, de la desesperación, de la lisonja, el diablo de las colas de raposo que parece ser próximo pariente de los diablos cortesanos, el diablo de los curas, el diablo enemigo de las fundaciones. En último término apareció un diablo santo, prudente y sabio: el desdichado demonio de la escuela, que empieza á reinar de nuevo ahora, trabajaba ya en aquella época. Uno de los peores es el que encontró Schubart, y que describió para gobierno de cada cual con el título de *Sieman*, es decir, *contra el demonio doméstico; cómo las malas mujeres atormentan á sus maridos piadosos y cómo los maridos frívolos atormentan á sus mujeres piadosas*. Pero el más curioso de todos esos libros es el de Hocker que encabeza la gran colección del *Theatrum diabolorum*. Tiene por título *El diablo en persona*. En el capítulo octavo se encuentra, con otras noticias importantes, la respuesta á esta pregunta: ¿Cuántos diablos hay? Martín Borrihaus, más conocido por el nombre de Cellario, se tomó el trabajo, ciertamente no pequeño, de echar la cuenta con toda exactitud. Fué una empresa de titanes que le aseguró para siempre un nombre entre los grandes trabajadores; no hay menos de 2, 665. 866, 746. 664. ⁽¹⁾ Es digno de atención el que casi todos los libros de que se trata aparecieron en las ciudades de la Alemania del Norte, en Eisleben, en Halle, en Jena, en Magdeburgo, en Francfort del Mein, en la del Oder, en Lübeck, en Halberstadt, y sólo algunos se publicaron en Weissenfelds, en Ratisbona, en Nuremberg; por consiguiente, en las ciudades protestantes de la Alemania del Sur.

Los malabares paganos, con su pueril temor al diablo,

(1) Roskoff, *Gesch. des Teufels*, II, 380.

están exactamente en el mismo caso que los protestantes alemanes de otro tiempo: su creencia en la influencia del diablo es tan intensa como exacto su conocimiento de sus instituciones domésticas y políticas y de sus cargos individuales. ⁽¹⁾ Ziegenbalg nos comunica una lista de los setenta y nueve diablos malabares más conocidos, ⁽²⁾ y es curioso ver cómo este corto sumario concuerda con la literatura alemana que acabamos de indicar. También los indos conocen el *diablo del juego*, el *diablo del baile*, el *diablo de la envidia*; sólo que llaman al *diablo del baile* *Kuttadippéy*, al *diablo de la envidia* *Varmappéy*, al *de la discordia* *Saudaippéy*. Que nadie se escandalice de los horribles nombres de esos diablos bárbaros; son los próximos parientes de nuestros diablos civilizados. Como se puede adivinar fácilmente, hay también entre ellos un demonio de la nobleza, otro de la ciencia, y otro de los cumplimientos. En Malabar también, *el demonio de la vanidad*, *Lokavárkkaináñdumppéy*, el *diablo que hace perder el juicio*, *Talaisuddiyáñdunchandalappéy*, el *diablo del adorno*, *Yadattaippaddummünikkijapátalappéy* tienen mucho en que ocuparse. Sólo es evidente que se hizo más difícil á los hombres que habitan aquel país vivir en buena armonía con esos malos señores, pues según todas las apariencias los buenos malabares dieron los nombres más terribles á los diablos más peligrosos.

Pero no seamos injustos con los luteranos ortodoxos y con sus compañeros dravídicos de la India; se trata de una enfermedad humana universal, que se manifiesta por todas partes en tiempos de fe débil ó de incredulidad. Apenas introdujo Lesage de España en Francia el *Diablo Cojuelo* de Guevara, cuando en aquella atmósfera tan fina, que desde la corte de Luís XIV se esparció por todo el mundo, se presentaron los síntomas de la misma enfermedad que en los tiempos de mayor grosería y de mayor salvajismo de Alemania. En pocos años aparecieron no

(1) Cf. Gærres, *Mystik*, III, 67 y sig.

(2) Ziegenbalg, *Genealogie der malabarischen Gætter*, 183-186.

pocas obras como estas: el *diablo giboso*, el *diablo de plata*, el *diablo esquilado*, el *diablo circunciso*, el *diablo ahorcado*, el *diablo ermitaño*, el *diablo mujer*, el *diablo procurador*. ⁽¹⁾ Desgraciadamente esa triste predilección se ha conservado hasta ahora. En los cincuenta primeros años del siglo pasado, los franceses y sus imitadores no podían, á lo que parece, escribir una obra para el teatro sin ocuparse del diablo; aquellas obras se sucedían sin interrupción, *Roberto el diablo*, la *parte del diablo*, el *violín del diablo*, los *amores del diablo*, las *memorias del diablo* y muchas otras. Y en nuestra época, que es la de los espíritus distinguidos, de la civilización exquisita, del más alto progreso, están las cosas lo mismo que antes. No son tan sólo los anarquistas quienes muestran una predilección especial por el diablo, pues en el espacio de algunos años aparecieron en Italia numerosos periódicos socialistas con el nombre de *Satano*, *Il Lucifero*, *L' Anticristo*, *L' Ateo*, junto á la *Canaglia*, el *Ladro*, el *Petrolio*; ⁽²⁾ sino que los prohombres de clases más elevadas participan también de esta singular tendencia. Así escribió Bois su *boda del diablo*, Leopoldo Uzrad una *historia del diablo* y especialmente Arturo Graf su famosa obra *Il diavolo*. Bien conocidas son las obras más ó menos eruditas de Roskoff, de Guaita y de Bataille.

5. Negación de Satanás.—Si consideramos estos hechos, no debemos asombrarnos de que haya habido en el otro campo una reacción desmedida y exclusiva. Así son los hombres; no pueden mantenerse en lo justo con calma y reflexión; ó se exagera la verdad hasta hacerla intolerable, ridícula y despreciable, ó se la niega completamente; de esa manera sale ganando siempre el enemigo de la verdad.

Naturalmente, éste alcanza mejor éxito cuando sabe hacerse invisible. Muy audaz es el diablo que se deja ver en pleno día, dice el pueblo. No carece de audacia, es ver-

(1) Ebert, *Bibliograph. Lexikon* I, 471.

(2) Laveleye, *Le socialisme contemporain*, (5) 265.

dad; ¡pero es tan cobarde, y le molesta tanto la luz! Por eso le enojó tanto la libertad que tenía de presentarse en pleno día, como al buho el sol. Cuanto más se le había exhibido hasta entonces, por decirlo así, en una barraca de feria, tanto más deseaba que se le encontrara un sitio oscuro en que pudiera sustraerse á todas las miradas.

Ese favor le fué concedido por el predicador holandés Baltasar Bekker en su famoso libro *El mundo hechizado*. Aquel escritor despreocupado no llega todavía á negar por completo la existencia de un mal espíritu, pero piensa que no se debe conceder al diablo tanta importancia como se le da, que podemos pasarnos sin él y estar, no obstante, muy al tanto de la felicidad. Sin embargo, todavía admite la existencia de un Satanás confinado en el infierno como un perro de guarda; sólo que no puede creer que el juez soberano suelte de la prisión al enemigo y le arme de una fuerza maravillosa para dañar á los hombres. Todo lo que acerca de eso dice la Escritura no son más que frases bonitas que no deben ser tomadas en serio. Para explicar esta opinión, el buen hombre despliega la fatigosa erudición que en aquella época era indispensable para atraerse las inteligencias; sólo que el aplicarla á este asunto y para aquel fin pareció á sus contemporáneos tan singular, que provocó sus burlas. Por eso La Monnoye, aludiendo á la fealdad del autor, compuso un epigrama en que decía: «Sí, quebraste el poder de Satanás, pero con eso no hiciste bastante todavía; para quitarnos del todo la idea del diablo, ¡oh Bekker! debes suprimir tu retrato». (1)

No obstante eso, aquel libro abrió las compuertas y se produjo una verdadera inundación de obras semejantes. Es curioso ver qué inagotable abundancia de libros, repitiendo todos lo mismo, puede suscitar un solo folleto cuando rompe un abceso morboso de la sociedad; no queremos ciertamente disgustar á nadie, ni tratar á los hombres con

(1) Hefer, *Biografía general*, V, 182.

desdén; pero si á los fabulistas se les permite representar por medio de animales los actos de los hombres, á nadie heriremos tampoco describiendo ese fenómeno, tan notable como frecuente en la historia de la literatura, en forma de apólogo que de ella misma tomaremos.

Era mediodía, y el calor sofocante hacía presagiar una tempestad. Las ranas salieron á centenares formando en la superficie del estanque un corro inmenso; todas tienen algo que las preocupa, á juzgar por los suspiros medio comprimidos que á intervalos salen de su pecho; pero no tienen valor para desahogarse, ó más bien, lo harían con gusto si supieran cómo, sin desagradar á las demás; porque hacer ruido una sola, abandonada de sus compañeras, sería la mayor vergüenza que á cada una de ellas pudiera ocurrir. Se dice que las ranas se diferencian poco de los hombres en independencia y en temor á sus semejantes.

Allí están, pues, extendidas, desafiando con paciencia admirable los rayos del sol, parpadeando y deseando ávidamente que una de ellas comience. De repente sube una burbuja á la superficie del agua, y poco después aparece un pequeñuelo delicado y verde que toma puesto sin cumplimientos en el corro ya formado; ese personaje que acaba de vestirse la toga viril en el fondo de las aguas, lleva todavía los restos de la cola de ranacuajo que tenía en su cuna. Aunque es el más joven, se da inmediatamente cuenta de la situación, porque entre las ranas, son siempre las más jóvenes las más prudentes y animosas; por eso son ranas. Viendo la perplejidad de las viejas, el personaje en cuestión empieza á lanzar gritos terribles, y se encuentra por fin el tono, y se sueltan las lenguas, y millares de voces altas y bajas, atipladas y sordas, repiten lo mismo que el héroe temerario, advirtiéndose en el gran concierto una gravedad maravillosa, un acorde indescriptible. Sólo una cosa falta: un texto único y una melodía; hay *da capos* sin fin, y se podría creer que las ranas aprendieron eso de los hombres. Si pensamos en lo que ya hemos dicho de las robinsonadas y de las églogas, aprenderemos fácilmente

á tener paciencia con los batracios de la laguna; pero se podrían citar otros muchos ejemplos parecidos.

La historia de la guerra declarada por Bekker nos recuerda las batracomomaias. ¡Qué ejército de combatientes cuando las ranas salían á cada momento del pantano, preparadas á una guerra de vida ó muerte! En verdad, que el rey Physignathos y sus soldados, tales como los describe Homero, usando como armaduras hojas de bleo y de malva, con una col por escudo no podían estar más terriblemente dispuestos para la lucha. ⁽¹⁾

Aire y agua hormigueaban entonces de demonología, de historias de diablos y de historias semejantes, tendiendo todas á demostrar que el diablo no es de temer; claro se advierte qué bien reportaría á la humanidad el poder salir de la honda y siniestra preocupación en que hasta entonces había gemido, y desde ese punto de vista el nuevo asalto contra el diablo es fácil de comprender. De ahí el gran número de obras como *La no existencia del diablo*, *El diablo entre los campesinos*, *Las diabluras del siglo XVIII*, *El diablo en su impotencia*, por un antidiaabólico, y una legión innumerable de otros escritos del mismo género.

Sólo se restableció la tranquilidad cuando la teología protestante, fuente hasta entonces la más considerable de temor al diablo, se unió á esa nueva tendencia, y arrancó en nombre de la fe la creencia en el mundo de los espíritus; desde entonces, las clases que se llaman ilustradas la consideran como cosa á que no debe volverse, y excluyen con demasiada intolerancia á todo el que admite la existencia de un mal espíritu. Es muy raro que alguien se atreva todavía á ir tan lejos como Bodichon, quien enuncia con admirable imparcialidad su opinión con las palabras siguientes: Angeles, diablos, cabires, dioscuros, genios, hadas, duendes y otros seres intermediarios invisibles pueden existir tan bien como nosotros. ⁽²⁾

(1) *Batracomiomagia*, 161 y sig.

(2) Bodichon, *De la humanidad*, II, 81.

Evidentemente con razón dice el proverbio: El diablo tiene en su arco más de una flecha. ⁽¹⁾ Por una parte juega á cartas vistas, como suele decirse, en el espiritismo, en el hipnotismo, en las mesas giratorias y en casos de prestidigitación mágica; por otra, ha conseguido hacer que todos juren que no es absolutamente nada el espíritu de las tinieblas, y, sin embargo, propagan el culto de ese mismo espíritu para hacer de él una religión universal; así no puede dejar de hacer buenos negocios.

6. La verdadera doctrina acerca de la influencia del mal espíritu.—Pero, según dice el proverbio, por más precauciones que el diablo adopte, los pies de macho cabrío aparecen siempre; lo cual no es asombroso, pues, como hace notar el mismo proverbio, la medida del diablo es ó demasiado corta ó demasiado larga. ⁽²⁾ Por consiguiente, no es difícil encontrar la verdad en esta cuestión; está entre la exageración y la negación: tan manifiesta es, que con seguridad tropezará quien se atreva á negarla.

Sí, hay un espíritu malo. En un principio, no era peor que cualquiera otra criatura de Dios, pero por su propia culpa se pervirtió en el mal, y es ahora el declarado adversario de Dios y de todo cuanto sea bien; por eso procura arrojar piedras al jardín de Dios, y estropear sus plantaciones tanto como su poder se lo permite. Aunque éste no sea excesivo, hay que tenerle, sin embargo, en cuenta. Si los hombres no fueran á su encuentro, sin duda su influencia en el mundo no tendría tanta importancia; pero se le facilita el cumplimiento de sus funestos designios.

Esta doctrina concuerda con lo que por todas partes vemos en la historia de la humanidad y en nuestra propia experiencia. Hay acciones tan negras, tan vulgares, que se perdería toda fe en la humanidad si no hubiera de suponerse la influencia de una maldad más que humana. Nos encontramos á veces en tal manera excitados al mal, no por complacencia interior, no para desafiar al bien, si-

(1) Wander, *Sprichwörter-Lexikon* IV, 1065, n. 165.

(2) Körte *Sprichwörter der Deutschen*, (2), 7398, 7407.